

Publicación
Nación

S.M. / R. 1



Epoca II. Año III

Alayor 26

de 1912

Núm 109



Cruz y Espada

Publicación Semanal

Redacción y Administración:
Reina, 33.

Suscripción 0'15 ptas. al mes
Núm. suelto 0'05 ptas.

Vayamos al pueblo

Lema.

*Vayamos, pero «andando»
y volvamos «en coche.»*

Con gusto transcribimos este artículo, premiado en el último Certámen Periodístico de *Ora et Labora*, y que es de lo más práctico y sustancioso que hemos visto sobre acción social... práctica:

«*Id al pueblo*, es la orden de los que mandan...

Vayamos al pueblo, es la voz de los que obedecen.

Y ambas voces al unirse en los dilatados campos de la acción social, forman el himno salvador, que entonan hoy al unísono los apóstoles de la Fe redentora.

Y, sin embargo, el pueblo no escucha estos armónicos conceptos, y huye cada vez más aprisa, gritando y blasfemando, para ni siquiera percibir los ecos del himno salvador...

¿Por qué hará esto el pobre pueblo? ¿por qué huirá de nosotros?

Es porque está engañado. Huye de

nosotros, porque le han hecho creer que sólo pretendemos explotarle, y va en su loca fuga a caer en las cadenas que le tienen preparadas sus verdaderos explotadores... y si alguna vez se desengaña y los reconoce por tales, su desengaño no es completo, porque entonces sólo piensa ¡que quieren explotarle todos!

¿Que nosotros también pensamos en explotarle? ¡pobre pueblo! ¡no nos conoce! ¡y por qué está tan engañado respecto de nosotros? ¡ha!, es porque no basta que digamos *vayamos al pueblo*; es porque no es suficiente que vayamos a él, con nuestro dinero en las obras de protección y con nuestra inteligencia en los centros de instrucción; es preciso que demos un paso más, que *lleguemos* hasta el pueblo... ya juntos que nos unamos con él con unión de amores ¡nuestro amor! eso necesita el pueblo: socorros pecuniarios pueden aparentemente proporcionárselos los socialistas; conocimientos, aunque falsos y peligrosos, también pueden dárselos; pero amor no se lo han dado, ni se lo dan, ni se lo darán nunca los socialistas ¡porque no pueden dárselo! y no pueden dárselo ¡porque no lo tienen!

¿Que siempre le hemos amado, me decís? cierto, muy cierto; pero aunque todos nosotros le hemos sabido amar siempre, no todos hemos aprendido a hacerle escuchar los latidos de nuestro corazón amante, cuando le tenemos cerca de él, prodigándole los frutos de su caridad.

¡El apostolado individual! ese, ese es el camino más seguro par ir al pueblo, llegar hasta el pueblo y unirnos con el pueblo con unión de amores.

¿Que este camino es áspero y difícil? ¿que no es poético ni encantador? ya lo sabemos; pero no es tan áspero y difícil que no podamos emprenderle, ni tan prosaico y repugnante, que no nos permita leer en él la poesía ¡que sigue al sacrificio, ni experimentar los dulces consuelos que se sienten al obrar el bien.

Todos vivimos rodeados de pueblo, todos conocemos y tenemos necesidad de tratar con alguno o algunos de esos que llamamos en abstracto pueblo, pues bien, a ese alguno o algunos es a quien debemos referirnos, cuando contestando a la voz augusta de los Pontífices, decimos: *Vayamos al pueblo*, en ese alguno o algunos debe estar para nosotros toda la extensión de la palabra pueblo, y ya que nos hace falta trabajar por ir y llegar hasta ellos, porque los conocemos y tratamos, ni tenemos que hacer gran esfuerzo para amarles, porque como católicos ya les amamos, pongamos todo nuestro empeño como católicos sociales en hacerles conocer que les amamos, y que nuestro amor es desinteresado, que sólo nos mueve a quererlos el ver que ellos necesitan nuestro amor, pero sobre todo hagámosle comprender muy claro

que todo esto lo hacemos porque somos católicos.

¡Ah! si cada uno de los que decimos: *Vayamos al pueblo*; hiciéramos con la parte de pueblo que nos rodea, ya habríamos conseguido que ¡todo el pueblo! nos conociera ¡que no se creyera que pensamos en explotarle!

¡Si todos los sacerdotes hicieran esto! ellos que tienen que tratar con tanto pueblo, en las catequesis con el pueblo de mañana y en el despacho parroquial con el pueblo de hoy, si supieran hacerle comprender que le aman y sobre todo en sus relaciones particulares, en aquellas personas del pueblo con quienes más tratan, si supieran desvanecer tanto falso prejuicio... y para esto no son necesarios elocuentes discursos, ni son precisos heroicos dispendios, basta a veces sacrificar una hora de recreación por ir acompañando desinteresadamente los restos mortales de un pobre obrero ¡dicen tanto unos hábitos talaes presidiendo el fúnebre cortejo que acompaña al humilde féretro de un oscuro trabajador!, basta a veces sacrificar una hora de siesta para hacer una simple visita al hogar de un pobre ¡es tan elocuente el mudo testimonio del que viste sotana al sentarse en una silla desvencijada... y si sobre esa sotana se lucen las insignias capitulares; produce este mero acto un efecto tan admirable...! y para esto sólo hace falta sacrificar un poco del tiempo destinado a honestas recreaciones. Si el clero se fijara bien en esto, si se convenciera de ello ¿no lo haría?

¡Si todos los católicos seglares dieran a conocer al pueblo que le aman! Esos

caballeros que dicen: *Vayamos al pueblo*; y van al pueblo con su dinero, con su elocuencia y hasta en persona, asistiendo a los actos solemnes de sus círculos y asociaciones, si llegaran hasta el pueblo entonces que le tienen tan de cerca; pero las más de las veces se quedan separados del pueblo.... por la banderilla de la plataforma presidencial, que es suficiente para impedir que el pueblo escuche los latidos de aquellos corazones amantes. Que es mucho más social, y dice más al pueblo en un caballero nobiliario verle jugando a la baraja con los obreros que conoce, que sentado muellemente en un sillón presidiendo a esos mismos obreros, que se muestra más social y convence más al obrero un ilustrado catedrático, cuando no se desdén de dar un paseo con él, que cuando le dirige su arrebatadora palabra desde la tribuna del salón de actos para decirle que le amas; y para esto no se necesita más que no hacer caso del *qué dirán* con que nos amenaza nuestro orgullo. Si esos católicos pensarán un poco en esto, al ir al pueblo, ¿no darían un paso más y llegarían hasta el pueblo para unirse con él con unión de amor?

Si las mujeres católicas conocieran la necesidad que tiene el pueblo de saber que le aman. Ellas que saben tan bien dar a conocer los tiernos afectos de su corazón amante, ¿no se los manifestarían al pueblo con quien para el gobierno de la casa se ven precisados a tratar?... un afectuoso saludo, una pregunta que demuestre interés para el obrero, un simple beso depositado en la frente del hijo del trabajador, son suficientes

para disipar negros nubarrones de prejuicios y abrir rosados horizontes de amor, y ¿no haría eso y mucho más la mujer católica, si conociese que así llegaba hasta el pueblo?

Si los pocos obreros católicos que hay supieran dar a conocer a los demás lo que sienten ellos!... a ellos que viven en medio del pueblo..., que forman parte del pueblo, les sería cosa muy fácil hacerle entender que los católicos no odiamos al pueblo, que no pensamos en explotarle, que sólo amarle es lo que sabemos, que ellos mismos son infelices porque son católicos!; a ellos les bastaría para convencer a esos desgraciados hermanos una palabra, un gesto, una cara siempre alegre, si supieran que también ello podían hacer algo ¡mucho! para salvar al pueblo, a sus hermanos ¿no los salvarían?

¡Ah! si cada uno, repito, de los que decimos: *Vayamos al pueblo*; llegáramos hasta el pueblo, trabajando aunque no fuera más que en *alguno* o *algunos* del pueblo con quien tratamos, para unirnos con él con unión de amor ¿otro sería el estado del pueblo!

Pero hemos sufrido una equivocación; hemos olvidado casi el apostolado individual y nos hemos dedicado a formar juntas directivas y protectoras de asociaciones obreras. Nos ha sucedido algo semejante a lo que le ocurrió a aquel cándido labriego, que habiendo el rey que albergarse en su choza por un accidente fortuito, le preguntó para premiar sus servicios qué es lo que quería que hiciese por él, a lo que le respondió:— ¡Señor, para mi no pido nada, solo ruego

que hagáis a mi hijo capitán general!—
 ¿Pero está ya en el ejército?— le preguntó el rey.— ¡Si aún no ha nacido! exclamó el labriego; rióse el monarca al escuchar tal contestación y no pudo menos de objetarle.— Y ¿quién te ha dicho a ti que va a ser varón y no hembra?—
 ¡Cuánta razón tuvo el monarca al decir esto, pudo comprenderlo claramente el infeliz labriego, cuando vió que aquel primer hijo de sus ilusiones fué en realidad una niña muerta!

También nosotros, cegados por el amor social, como a él le obsesionaba el amor pateruo. pedimos a Dios que nos dé asociaciones para obreros, y cuando las hemos fundado y organizado toda la parte protectora, nos encontramos con que no tenemos obreros para nuestras asociaciones, y si por obra del Apostolado individual logramos encontrar alguno, vemos después que aquel obrero necesita una institución distinta, tal vez contraria a aquella que tantos sudores y disgustos nos costó fundar y organizar... ¡ahí está la equivocación!

Por eso, en mi humilde opinión, debemos dirigirnos hacia el pueblo *individualmente*, ejerciendo nuestro apostolado social con aquel *alguno* o *algunos* del pueblo con quien tratamos, y cuando cada uno haya logrado convencer a la parte del pueblo que le rodea de que los católicos no le odiamos, que no pensamos en explotarle, ¡que sólo amarle sabemos!, entonces es cuando debemos preocuparnos de organizar las asociaciones necesarias para llevar mediante ellas esos obreros a Cristo; entonces y no antes, porque así conoceremos ciertamen-

te lo que más conviene, y si vemos la oportunidad de un círculo, fundaremos un círculo, y si comprendemos que es preferible organizarles en sindicatos, nos dedicaremos a esto; en una palabra, lo que sea más útil para nuestro fin eso haremos; pero para llegar a hacerlo es necesario, repito y no me cansaré de repetir, que *cada uno vaya al pueblo, llegue hasta el pueblo y se una con unión de amores con el pueblo, pero con ese pueblo concreto con quien él trata todos los días.*

En dos palabras. El—*Vayamos al pueblo*— supone, como dice el celoso señor Arcipreste de Huelva, un *viaje de ida y vuelta*, pero, en mi concepto, la *ida* debemos hacerla *andando*, esto es, por medio del apostolado individual, y cuando hayamos puesto feliz término a nuestro santo viaje, cuando el pueblo sepa por experiencia propia que le amamos, entonces es cuando debemos emprender la *vuelta* y para esta, para llevar el pueblo a Cristo, es para lo que necesitamos *trenes, coches* y hasta, si posible fuera, *coches-camas* de obras sociales bien organizadas, esplendidamente patrocinadas y expertamente guiadas por una dirección común.

¿Qué esto es muy difícil?, ¿qué es muy áspero el camino?, ¿qué para nosotros son todas las incomodidades? pues tened entendido que no hay otra vía para llegar hasta el pueblo.

El amor... y el amor elevado hasta el sacrificio ¡ese es el único camino!

¡¡*Vayamos por él al pueblo, para traer el pueblo a Cristo!!*

José M.^a Ferand Garcia
 del Seminario de Valladolid,

Cuartilla suelta



Cualquiera que lea el título que ostenta el periódico socialista de Mahón, va a creer que las ha con un defensor de los obreros, pero a poco de empezar su lectura ve claramente que se sirve al obrero un vaso de veneno cuyos bordes se han bien empapado de miel, pues no aparece en él artículo alguno que en vez de salir en defensa de los obreros, no ataque mas o menos directamente a la Iglesia Católica.

¿En que quedamos Sres del Porvenir? Trabajáis con todas vuestras fuerzas a favor del obrero para guiarlo hacia sus reivindicaciones, a la conquista de sus derechos, (que los tiene ¡vaya!) o mas bien, es vuestro fin atacar a la Iglesia y procurar su destrucción tan deseada y esperada por vosotros?

Hablad claro. Definid vuestra actitud. Si por los obreros trabajais, si a ellos les amais de veras (no para que os sirvan de pedestal y encumbraros ¡eh! como hacen muchos de los vuestros), si en verdad buscáis su bienestar, sus reivindicaciones, su cultura, su *Por-*

venir, obrad enhorabuena a este fin pero al mismo tiempo aplaudid a la Iglesia que en todos los tiempos ha trabajado denodamente para su redención y que hoy, que es mas necesario que nunca por estar a diario sobre el tapete la *cuestión social*, no perdona sacrificios a favor de los obreros en pro de los que sufren y trabajan. Si vuestro fin es atacar a la Iglesia para destruirla, dejad a un lado las cuestiones obreras y gritad, gritad, con las vociferaciones infernales a que ya nos teneis acostumbrados, pues ya sabemos hasta donde llegan vuestras velentías; nosotros lucharemos en su defensa, porque es la voluntad de Dios que pongamos en ello todos los medios de que disponemos, mas esperaremos tranquilitos el fin.... no de la Iglesia que por ahora no puede llegar, sino el de vuestros tiránicos esfuerzos que se estrellarán en la Roca fuerte sobre la cual ella se basa.

¡Ya os conocemos, picaruelos! A nosotros no conseguís engañarnos ya, con vuestras artimañas para hacernos creer que trabajais para nuestro *Porvenir*, cuando en realidad lo que buscáis es quitarnos del corazón a todos los obreros la fé en la Iglesia de Cristo,

que nos ayuda siempre en todas nuestras empresas, (y en la actual de los ferroviarios, también, aunque os sepa mal.)

¡Lástima que como nosotros no os conozcan todos los obreros y no abran los ojos, sabiendo que vosotros sois satélites de aquellos *gefes socialistas* a lo Pablo y a lo Jaurés, que mas que con obras, (que no hacen ninguna) con promesas utópicas y gritos revolucionarios, halagan a todos los obreros para que contribuyan con su óbolo, a proporcionarse (los *gefes*, no los obreros ¡eh!) buenas comidas, veloces automóviles (*vehiculos de la burguesia*) espaciosas y señoriales moradas y.... algo mas que regular fortuna; esto si, con la condición precisa de gritar a todas horas (entre poletarios): ¡«Viva la redención del obrero! ¡Abajo la Iglesia!» y reirse despues a carcajadas en sus comicios particulares al ver (desde los cristales de sus balcones) al pueblo que alborotado va sin rumbo ni guia a la *reivindicación de sus derechos*.

¡Es graciosa la manera de obrar de los *cabecillas socialistas* y sus satélites del Porvenir!

UN OBRERO.

L'ESCAPULARI

Me'l va posar la mare.
Oh, si hi poguessim ser!
S'hi vey a en una cara
la Verge del Roser.

Com joya misteriosa
la Fé li daba brill;
lo que la mara posa
sagrat deu ser pel fill.

Me'l va posar la mare
demunt de lo meu cor;
mateix que si fos ara,
recordo ab quin amor!

Jamay vareig tocarlo
de sobre lo meu pit,
no més pera besarlo
senyantma cada nit,

Me'l va posar la mare...
Lo temps ha anat passant
y lo meu cor es l'ara
d'aquell emblema sant.

Avuy qu'eilla ja es morta,
confío 'ab viu anhel
que be pot ser la porta
que té d'obrirme'l cel.

Me'l va posar la mare;
y al cel quan la veuré,
l'emblema sant encara
ab joya li trauré.

Com mareperla qu'obra
monstrant son rich tresor,
li ensenyaré, no sobre,
guardat a dins del cor.

(De Montgros.)

EMILI.

Para los de enfrente



Hace poco leímos, traduciendo de una revista extranjera, lo que copiamos a continuación.

«Dos misioneros católicos van a fundar una misión permanente entre los esquimales. Los hielos persisten en esas regiones durante siete meses. Estos héroes no recibirán correo más que una vez al año.»

No nos sorprende lo más mínimo el arrojo extraordinario de estos héroes del catolicismo. Ejemplos de esta naturaleza los está dando la Iglesia Católica desde que hizo su aparición en el mundo. Sólo los hijos de esta Iglesia son los que han tenido resolución bastante para internarse en los bosques y en las más apartadas regiones del globo sin temor a los innumerables peligros a que se exponían, sin otro fin que sacar de las tinieblas del error y de la barbarie a los infelices que gemían bajo el yugo del paganismo. La historia proclama muy alto, que si el mundo salió de los errores de la idolatría y recibió la luz de la civilización, fué debido a la influencia constante y bienechora del Catolicismo, influencia que la Iglesia hizo sentir mediante la predicación y la enseñanza de sus intrépidos y abnegados misioneros. Es éste un hecho que han tenido que reconocer aún los mas encarnizados enemigos del Catolicismo. A nosotros, pues no nos sorprende que ahora, como antes, haya héroes en el Catolicismo, que sacrifiquen su bienestar, su salud y su

vida en provecho de tantos hermanos nuestros que todavía no participan o participan en grado muy escaso de los beneficios de la verdadera civilización. Héroes de esta naturaleza los habrá siempre. La Iglesia Católica es fecundo semillero de esta clase de almas tan nobles y generosas.

Lo que nos sorprende es que, ante hechos de esta índole, que son el pan nuestro de cada día, no se llenen de confusión y mueran de vergüenza los detractores del Catolicismo, esos charlatanes sempiternos que siempre tienen en los labios las palabras *filantropía* y *civilización* y aun están, no diré por correr un serio peligro, pero ni aun siquiera por pasar una mala noche en provecho de esos que tienen tanta necesidad de pan para su alma y para su espíritu. Aun está por escribir, y no se escribirá jamás, la primera página de la historia de los sacrificios y abnegación de los héroes del librepensamiento. Ya pueden ustedes recorrer el mundo de un polo a otro y escudriñar las más recónditas regiones del globo, seguros de que no encontrarán ni el más leve rastro que señale el paso del librepensamiento en busca de los pueblos salvajes, para traerlos a la vida de las naciones civilizadas. Esto se queda para la sublime adnegación de los misioneros católicos. Para los del librepensamiento se queda el odioso papel de calumniar a los que saben exponer su vida, y en muchas ocasiones perderla, en aras del bien espiritual y temporal de sus hermanos.

F.

El Clero Católico en Alemania

Por sus frutos se conoce el árbol, y al hombre por sus obras. La higuera que Jesucristo encontró un día, presentaba brillante follaje y magnífica apariencia, pero tenía un vicio radical por el que merecía su condenación: era estéril. Las palabras sin los actos se parecen a la higuera del Evangelio. Si el clero católico alemán se limitara a pronunciar bellos discursos y escribir artículos de periódicos, si su acción política no fuera seguida de su acción social, no ejercería la influencia que ejerce. Sus obras constituyen su fuerza. Cuando él se presenta al pueblo para alistarle bajo el estandarte de la Iglesia, está seguro de ser atendido, porque puede decirle: «Yo soy tu amigo y tu bienhechor: a tí, aldeano, te he arrancado de las garras del usurero; artesano, he velado tu adolescencia, y tu mocedad ha sido objeto de mi más tierna solicitud; estoy contigo en todos momentos de tu vida; y tú, obrero industrial, mira las numerosas instituciones que he creado para tí: ¿por cual de estas obras me rechazaras? «Y el pueblo alemán no rechaza a sus sacerdotes: los ama, los venera, los envía a Berlín a defender sus derechos y sus intereses, y está pronto a compartir con ellos el pan de la miseria. Sin duda, los agitadores revoluciona-

rios trataron de quebrantar la autoridad del sacerdote, de arruinar su prestigio, de minar su influencia: son estos rivales formidables, porque hallan cómplices en el fondo de todo corazón humano, pero el pueblo católico acabó siempre por rechazar todos sus asaltos: él pide a los socialistas obras sociales, y sólo saben ofrecerle quiméricas promesas; los obreros católicos desconfían; comparan con esta vana agitación la actividad fecunda de sus sacerdotes, y su elección queda hecha; se ponen del lado de su clero.

El sacerdote alemán es muy digno de este amor y de esta confianza: es el hombre del pueblo en el terreno político; lo es aún más en el terreno social.

ALFONSO KANNENGIESER.

CRONICA

De Mahón

En el escaparate del establecimiento tipográfico de la Plaza del Príncipe, hemos vistos dos hermosos diplomas que corresponden al premio y accésit que respectivamente obtuvieron don Francisco Camps y Dn. Andrés Ferrer en el concurso de «folk-lore menorquin» verificado por el Ateneo Científico, Literario y Artístico de esta ciudad.

Felicitemos a los Sres. Camps y Ferrer por su nuevo triunfo literario.

A. MOLL CAMPS.—CIUDADELA